HISTORIA MARAVILLOSA del Príncipe Filiberto de Esparta, y Rosaura Princesa de Dinamarca.

PRIMERA PARTE.

NO canto, auditorio insigne,
ilustre quanto discreto,
las hazañas portentosas
de Hércules ni Pompeyo,
ni las del grande Bernardo,
ni del Cid los raros hechos,
ni de Príncipes y Reyes
victorias y vencimientos:
pues solo canto de uno,
que aunque Príncipe en efecto,
en las batallas de amor
logró crecidos trofeos,
para dexar à la fama,
que divulgue en todo tiempo,
para que en bronce se escriba,
este admirable suceso:
de un Príncipe valeroso,
que enamorado perfecto
venció imposibles de amor
con un constante denuedo.
Y así es razon que mi lira
lo explique con dulces versos:
y porque todos lo sepan,
atencion pido, supuesto,
que quando mandan cantar,
se ha de prestar gran silencio.
Tuvo el Rey de Dinamarca
una hija, que era un cielo
de perfeccion y hermosura,
rara emulacion de Venus.

Era

Era arrogante y soberbia:
mas que lo sea no es nuevo,
porque siempre la hermosura
es altiva con desprecio.
Por esposa la pedian
muchos Príncipes discretos,
y à todos los desechaba,
porque se hacia concepto,
que el sujatarse à varon
es gran pena, si hay despego.
Era pasmo de la corte,
matando à diestro y siniestro,
porque en sus ojos traía
la vida, muerte y veneno.
Mas el Príncipe de Esparta
de esta dama conociendo
su altivez y su rigor,
se fue en amor encendiendo,
y fue por haber hallado
un pintor perito y diestro,
que le copió esta hermosura,
que de belleza era extremo.
En vivos celos ardía,
y exclamaba: dulce dueño,
si como el cielo te dió
tanta hermosura, tu pecho
no fuera diamante duro,
quaxado en cristales tersos,
y con mas benevolencia
miraran tus ojos bellos;
oh, cómo yo me atreviera,
águila yo de mí mesmo,
à remontarme hasta el sol,
sus rayos y luz bebiendo!
Mas hoy tal amor me incita
à esta empresa, que pretendo,
calzándome el viento alas,
como espuelas calzó el viento,
de partir à Dinamarca
disfrazado Caballero,
sin que nadie me conozca,
para enterarme de cierto,
si amor tienes por ti sola,
ò si es acaso encubierto,
ò tu destino te lleva
para todo tu despeño.
Príncipe de Esparta soy,
pero seré aventurero,
que jamás en pechos nobles
caben agüeros ni miedos.
Y tomando de su casa
no galas, sino dinero,
un caballo, y sin criados,
tomó un camino bien lexos.
Llevó consigo tambien
el retrato verdadero
de su imágen y presencia
del Príncipe Filiberto,
que este era su nombre propio;
y caminando ligero,
llegó en fin à Dinamarca;
el caballo vendió luego,
y con un vestido humilde
paseaba de secreto,
oyendo de la Princesa
à los nobles y plebeyos,
lo que cada qual decia,
preguntando para ello
lo que podia ignorar,
siendo à la vista extrangero.
Vióla una vez que salia
à su gran divertimiento,
que era la caza del monte,
con sus damas y monteros;
y si ántes enamorado
vivia ya como ciego,
à la vista suya ahora
queda rendido à su objeto,
siendo à sus hermosos ojos
con libertad prisionero.

Lo

Lo bizarro de su talle,
como lo galan del cuerpo,
ayrosa cón mucha gracia,
garvosa con mucho aseo,
y por extremo discreta,
le rendia todo à un tiempo;
diciendo: hermosa beldad,
no subas deidad al cielo,
y sin alma acá te dexes
à quien por ti está muriendo.
O milagro de hermosura!
el pincel fue muy grosero
de este retrato que traygo;
así lo aseguro, es cierto,
pues no dibuxó las líneas
de tu rostro, hermoso cielo.
Y como se iba alexando
sobre un hijo de los vientos,
al menear de las manos,
parece que dice él mesmo:
yo soy el veloz Pegaso,
y la que llevo aquí es Venus,
pues compitiendo à Minerva,
emulaciones emprendo.
El Príncipe le decia,
llevando el ayre sus ecos;
espera, discreta diosa
que soy con llantos Orfeo.
Encubierto de esta suerte
andaba allí Filiberto,
sin ser jamás conocido
en cara, talle ni cuerpo,
rondando siempre el palacio,
y solia entrarse dentro,
viendo aquí, y allí escuchando,
recatado, honesto y cuerdo.
Pero no hallaba jamás
un átomo el mas pequeño,
para poder dar noticias
de su notable desvelo.
Mas fue el caso que faltó
â este tiempo un Jardinero
de los jardines del Rey,
ricos laberintos nuevos.
Tuvo el Príncipe noticia,
habló en la materia luego,
y por último quedó
sirviendo al Rey Clodoveo:
y en sus fecundos jardines
(que por lo vario y ameno
los ricos suyos de Frigia
pudieran ser un bosquexo)
fue Jardinero mayor,
teniendo todo el manejo
de cultivar varias flores;
mas era otro su intento.
Del quarto de la Princesa
estaba cerca del suelo
una ventana, por donde
gustaba olores diversos
de nardos, rosas, claveles,
azucenas, pensamientos,
y gran variedad de flores,
que por prolixa la dexo.
Al Jardinero miraba,
y él que la observaba atento,
avivaba cada dia
de amor el activo fuego.
Pareciale galan,
aunque en trage tan modesto,
que es condicion de mugeres
buscar lo peor del tiempo.
Filiberto disimula,
calla y mira por momentos;
junto à un quadro de jazmines,
gozando perfumes bellos,
estaba, que à la ventana
venia el sitio derecho,
con el retrato que traxo,
hablándole muy atento;

y

y aunque ella oir no podia
lo que hablaba el Jardinero,
no sin razon conoció
que seria Caballero.
Mas al fin como curiosa,
siendo muger, con despejo
baxó al jardin (qué delirio!)
contra su decoro honesto,
sin duda à su precipicio,
con tan raro desacierto
se despeña qual Faetonte,
en vivas ansias ardiendo.
La que à Príncipes bizarros
no estima, ahora la vemos,
de su altivez en castigo,
humillada à un Jardinero.
Vióla venir, y à su lado
una Dama; mas él luego
se fingió loco, por ver
lo que resultaba de esto.
Llegaron las dos à hablarle,
y él dixo: ola, qué veo!
son ellas las Principonas,
ò quién? válgalas el cielo!
Confusa quedó Rosaura:
juzgó que hubiese à lo menos
mas capaz alma en aquel
tan peregrino sugeto.
En fin por ver el retrato,
le dixo: à ver, Caballero,
qué es esto. Y él dixo: qué?
una Santa; no está viendo?
Mostróle el retrato, y ella
se admiró mucho de verlo,
pues era la misma copia
de su original tan bello.
Hombre (le dixo) de dónde
â tus manos vino esto,
que retrato mio es?
Y él dixo: donoso cuento!
no ve que ès una Santica
muy linda? y à lo que entiendo,
es Santa María esta;
qué vienen con embelecos?
Duquesa, este es mi retrato.
Princesa, no hay duda en ello.
Hombre, á ti quién te lo dió?
Quién? me costó mi dinero.
Ese retrato has de darme.
Sí se lo daré por cierto,
si ella un abrazo me da.
Pues cómo así desatento
hablas conmigo? no ves
que soy, ignorante y necio,
Princesa de Dinamarca?
Pues qué se me da à mí de eso?
vaya con su princería,
y hágale muy buen provecho.
Mas al fin por las terceras
hay maldades, así en esto
fue causante la Duquesa,
que haciendo burla en efecto
de un simple, y que qué perdia
(su ignorancia conociendo)
en que le diese el abrazo,
vino la Princesa en ello;
y al abrazarla el de Esparta,
quedó abrasada à su fuego,
enamorada y confusa,
que es en mugeres defecto
inclinarse a lo peor,
y en ellas no es esto nuevo,
por cuyo motivo lloran
tantas luego el desacierto.
El Príncipe de esta suerte
quedó alentado y contento:
donde à esta primera parte,
noble auditorio discreto,
Manuel Martin da remate,
y la segunda comienzo.

F I N.

✠

SEGUNDA PARTE,

QUE DA FIN A LA HISTORIA del Príncipe Filiberto de Esparta, y Rosaura Princesa de Dinamarca.

PAsados algunos dias,
la Princesa atenta vuelve
â mirar al Jardinero,
tan galan, que duda tiene,
que en un cuerpo tan bizarro
tanta rustiquez cupiese.
Pero Filiberto entónces
mas sagaz y mas prudente
sacó su mismo retrato,
para que ella le viese
hablar con él, y juzgase
(celosa ya) de que fuese
retrato de alguna dama,
por ver si acaso lo siente.
Baxó à hablar al Jardinero,
y él le dice: qué me quiere!
el diablo es esta muger!
váyase à hilar. Qué nos viene
con pataratas! Mas ella
insiste que ver le dexe
aquel retrato. Y él dice:
por cierto qué le parece!
mírelo, mírelo bien:
ya lo codicia y lo quiere.
Pues una mano ha de darme,
y si no, al cuzco. Oye, atiende,
yo te prometo de dar
todo quanto tú quisieres.
Tomó Rosaura el retrato,
lo mira, y confusa vuelve
à la Duquesa, y le dice:
Duquesa, no te parece
copia de este original
el que tenemos presente!
Princesa, es todo un trasunto.
Y estando en el punto este,
pasan aviso, que el Rey
al jardin con otros viene.
Apartándose de allí,
confusa en mil pareceres,
se andaba así todo el dia,
viendo el retrato que tiene,
tan galan, tan bien dispuesto,
tan bizarro, que parece
ser Príncipe como ella,
heredero de otros Reyes.
Mirábalo ò todas horas,
y por puntos su amor crece;
sobre verle Jardinero,
y con señas de demente.
Volvia luego despues,
y decia: ciertamente
que este es Príncipe encubierto;
mas que el amor me despeñe,
sea Príncipe ò villano,
sea loco ò bien prudente,

es-

este mi esposo ha de ser;
misterio el retrato tiene.
El es Principe, y se encubre;
mas sea lo que se fuere,
no seré yo la primera,
que à caprichos se sujete.
Así andaba enamorada
del Jardinero, de suerte,
que apretando las clavijas,
rompieron las cuerdas fuertes.
Declarôse â Filiberto,
y sin que estorvo ocurriese,
duró encubierto este amor
por buena cuenta seis meses.
En cuyo tiempo teniendo,
sin que nadie lo remedie,
con otro qüestion y voces
en el jardin, le dió muerte,
y se ocultó entre unas ramas,
no muy lexos de una fuente.
Dióle parte à la Princesa
de lo ocurrido, y que quiere
irse à su tierra; mas ella,
sin mirar inconvenientes,
ni reparar que es Princesa,
marcharse con él pretende.
A la Duquesa à este tiempo
le dió un notable accidente,
y viendo los dos el caso
tan apretado y urgente,
por un postiguillo falso,
que por dicha el jardin tiene,
salieron los dos amantes,
sin que nadie los sintiese.
Toda la noche caminan,
y al ser de dia, parecen
cerca de allí unas montañas,
y procuran recogerse
en lo áspero y oculto
de sus bosques eminentes.

Viendo en palacio que falta
la Princesa, y no parece
el Jardinero tampoco,
y que un muerto allí se advierte,
lo atribuyeron à robo.
Mandó el Rey que brevemente
saliesen cien Caballeros
por caminos diferentes,
y à los dos vivos ò muertos
à su presencia traxesen.
Ellos caminan de noche,
de dia paran, de suerte,
que à estos dos amantes nunca
fue posible que los viesen.
Prosiguieron su viage
con trabajo, pues à veces
ni encontraban pan, ni abrigo
hallaban quien se les diese,
todo el camino pasando
hambre, sed, pesares fuertes,
que Filiberto le daba,
que en ser loco permanece.
Cogidos fueron los dos
de ladrones insolentes;
pero Filiberto en ellos
hizo un estrago valiente.
En fin una noche de estas,
sin tener mas rico albergue
que la chozuela muy pobre
de un Pastor que en ella duerme,
le dió el parto à la Princesa,
sin haber quien la asistiese.
Parió un bellísimo niño,
lindo como los claveles:
La parida está sin cama,
no hay adonde el niño acuesten,
y si no pan y tasajos,
no hay otra cosa que cenen.
A pocos dias mirando
que tal qual caminar puede,
hi-

hízole tomar el niño,
y que sus pasos siguiese.
Pasó en fin este trabajo
la Princesa, y mas lo siente,
por haberle él declarado,
que de baxa estirpe viene.
Llegaron por fin à Esparta,
y cerca de las paredes
ya de la corte, le dixo:
hija, aguarde un poco, espere
hasta que venga, que yo
no he de tardar; ea entiende?
Sí, Martin, le respondió;
que el nombre lo fingió siempre.
Partióse luego à palacio,
salen sus padres à verle,
cuéntales lo que le pasa,
trayendo de aquella suerte
engañada à la Princesa
de Dinamarca; y advierte,
que en calidad de villano
se rindió amorosamente;
y sin hablarle palabra,
que guarden secreto quiere,
porque por varios caminos
probarla y tentarla quiere,
con gusto de ver si es firme
en el amor que le tiene.
Los Reyes lo prometieron,
y él la traxo diligente,
y en el jardin la introduce,
y que allí su hijo alvergue.
Hízolo la triste así,
y allí entre toscas paredes
su infeliz suerte lloraba,
y su fortuna inclemente:
ser Princesa en Dinamarca,
y ahora tan pobre verse;
quien era tan regalada,
padecer penas tan fuertes.

O fortuna, cómo ruedas,
dando al mundo mil baybenes!
El Príncipe en este tiempo
vistió galas excelentes,
afeytóse y esmeróse,
y como quien es parece.
Paseando aquella tarde
por todo el jardin se viene,
y requiriendo las flores,
la fragrancia en los pevetes,
lo vistoso de las rosas,
los cristales de las fuentes,
llegó para el aposento,
y como ruido siente,
pregunta: quién está ahí?
acaso vive aquí gente?
Y le informaron que allí,
segun advertido tienen,
el Jardinero Martin
una hermosa muger tiene,
que la traxo de su tierra,
para tenerla allí siempre.
Tela que fue bien urdida
para necios y prudentes,
para que à dicha Princesa
otra noticia no llegue.
Mandóla salir afuera
por fuerza, aunque mas le pese:
salió al precepto esta Venus,
esta Palas, esta Ceres,
siendo un cielo de hermosura,
y mares de perlas vierte
por sus bellísimos ojos
vergonzosa mucho, al verse
ante un Príncipe, que ahora
lo desconoce presente.
Y recogiendo la vista,
turbóse: pero obediente
à sus pies se arrodilló
con acciones muy corteses.
El

El Príncipe la levanta,
diciendo: quien sois pareces;
yo vivo engañado, quando
algunos de vos me advierten
ser muger de Martinillo,
un borracho, un insolente,
que por mi padre lo sufro,
y si alguna vez se excede
en qualquier locura suya,
haré que à palos rebiente.
Tal sereis vos como él,
no hay duda, que quien se mete
con un pícaro en sus cosas,
un otro qual él parece;
andad, idos allá dentro.
Esto le dixo, y le vuelve
la espalda, con que quedó
anegada en llanto fuerte.
Y fingiéndose mas loco,
porque no le conociese,
quando en el jardin entraba,
que de Jardinero viene,
hacia dos mil locuras,
como bufon de entremeses:
fingia que la olvidaba,
con lo que mas la enternece;
luego de costosas galas
adornado grandemente
como Príncipe venia,
por ver si inclinarla puede,
haciendo grandes instancias,
riquezas y amor le ofrece.
Mas nunca quiso admitirle,
y animosa se resuelve
à ocultarse en un convento,
para que allí feneciese
su vida. Luego aquel niño
determinaron, se diese
à criar; buscaron ama,
y quando el Príncipe vuelve
à buscarla, quedó absorto.
Mandó luego que saliese
la gente mas eficaz,
y diligencias hiciese.
Búscanla y por abreviar,
hallaron al ama en breve:
pregúntanla, que de dónde
hubo aquel niño que tiene?
A lo qual les respondió,
que los pasos le siguiesen.
Síguenla, como les dixo,
y de allí à distancia breve
llegó à un convento de Monjas,
Dominicas, y se vuelve,
diciendo: aquí darán ciertas
las noticias que se quieren.
Llamaron à la Priora,
con órden de que la entreguen
traxeron costosas galas,
y adornada ricamente,
ante el Príncipe la llevan,
el qual la recibe alegre,
y con amor y ternura
la Princesa lo agradece.
Despues con magestuosa
pompa y regocijo alegre
se desposaron los dos,
y hubo expléndidos banquetes.
Se ordenó que una embaxada
al Rey Clodoveo fuese,
padre de la referida
Princesa, porque tuviesen
buen logro sus esperanzas.
Y executándolo en breve,
llegó al Rey esta noticia:
hubo diversos placeres;
y Rosaura y Filiberto
al justo Rey de los Reyes
dieron infinitas gracias
por tan copiosas mercedes.

F I N.